

Acuérdate, en fin, de todos  
Los que penan y trabajan;  
Y de todos los que viajan  
Por esta vida mortal.  
Acuérdate aún del malvado  
Que á Dios blasfemando irrita:  
La oración es infinita.  
Nada agota su caudal.

IV.

Hija, reza también por los que cubre  
La soporosa piedra de la tumba,  
Profunda sima adonde se derrumba  
La turba de los hombres mil á mil:  
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,  
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja  
De que al añoso bosque Abril despoja,  
Mezclar las suyas uno y otro Abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra  
Donde segada en flor yace mi Lola,  
Coronada de angélica aureola;  
Do helado duerme cuanto fué mortal;  
Donde cautivas almas piden preces  
Que las restauren á su ser primero,  
Y purguen las reliquias del grosero  
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonries,  
Y cien apariciones peregrinas  
Sacuden retozando tus cortinas;  
Travieso enjambre, alegre, volador:  
Y otra vez á la luz abres los ojos,  
Al mismo tiempo que la aurora hermosa  
Abre también sus párpados de rosa,  
Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!..... ¡Si supieras  
Qué sueño duermen!..... Su almohada es fría,  
Duro su lecho: angélica armonía  
No regocija nunca su prisión.  
No es reposo el sudor que las abruma;  
Para su noche no hay albor temprano,  
Y la conciencia, velador gusano,  
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,  
Hará que gocen pasajero alivio,  
Y que de luz celeste un rayo tibio  
Logre á su obscura estancia penetrar;  
Que el atormentador remordimiento  
Una tregua á sus víctimas conceda,  
Y del aire, y el agua, y la arboleda,  
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto  
La sombra ves que de los cielos baja,  
La nieve que las cumbres amortaja,  
Y del ocaso el tinte carmesí;  
En las quejas del aura y de la fuente  
¿No te parece que una voz retaña,  
Una doliente voz que dice: «Niña,  
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. Á los muertos  
Que oraciones alcanzan, no escarnece  
El rebelado arcángel, y florece  
Sobre su tumba perennal tapiz.  
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados  
Cubre perpetuo horror: hierbas extrañas  
Ciegan su sepultura: á sus entrañas  
Árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)  
Huésped seré de la morada obscura,  
Y el ruego invocaré de un alma pura,

Que á mi largo penar consuelo dé.  
Y dulce entonces me será que vengas,  
Y para mí la eterna paz imploras,  
Y en la desnuda losa esparzas flores,  
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,  
Si disipadas fueron una á una  
Las que mecieron tu mullida cuna  
Esperanzas de alegre porvenir?  
Sí, le perdonarás; y mi memoria  
Te arrancará una lágrima, un suspiro  
Que llegue hasta mi lóbrego retiro  
Y haga mi helado polvo rebullir

MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS.

(IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.)

«Compañeras, ¡al baño! alumbrá el día  
La cúpula lejana;  
Duerme en su choza el segador, y enfría  
Las ondas la mañana.

Menfis apenas bulle; hospedadora  
Nos da la selva abrigo;  
Y tendremos, amigas, á la aurora  
Por único testigo.

De Faraón, mi padre, el jaspeado  
Palacio al mundo asombra;  
Á mí del bosque el pabellón, del prado  
Me agrada más la alfombra.

¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,  
Y el mármol de colores,  
Á par del Nilo y de esta verde orilla  
Esmaltada de flores?

No es tan grato el incienso que consume  
En el altar la llama,  
Como entre los aromas el perfume  
Que el céfiro derrama.

Ni en el festín real me gozo tanto,  
Como en oír la orquesta  
Alada, que esparciendo dulce canto  
Anima la floresta.

¿Veís cuál se pinta en la corriente clara  
El puro azul del cielo?  
El cinto desatadme, y la tiara,  
Y el importuno velo.

¿Veis en aquél remanso transparente  
Zabullirse la garza?  
Las ropas deponed, y al blando ambiente  
El cabello se esparza.

¡Ea! trisquemos en el fresco baño,  
Alzando blanca espuma....  
Mas ¿qué objeto descubre tan extraño  
La fugitiva bruma?

Mirad: enfrente al sicomor sombrío  
Que verdes arcos tiende,  
Sobre la playa, un bulto por el río  
Lentamente descende.

No temáis: de una palma el tronco anciano  
Que en demanda navega  
De las altas Pirámides, liviano  
Sobre las ondas juega.

¿Ó es de Hermes por ventura el carro leve?  
¿Ó es la concha divina  
De Isis, que con suave aliento mueve  
La brisa matutina?

¿Qué digo? Es tierno niño, que en ligera  
Barca duerme al sereno  
Arrullo de las olas, cual pudiera  
En el materno seno.

Arrastra el Nilo la flotante cama,  
Cual nido de avecilla  
Que arrebatado hubiese á la retama  
De su silvestre orilla.

¡Qué de peligros corre á un tiempo mismo!  
¿Cuál puerto de salud  
Le aguarda? ¿Mece el proceloso abismo  
Su cuna ó su ataúd?

¡Los ojos abre, hijas de Menfis! Lloro....  
¿Pudo una madre ¡oh cielo!  
Al agua abandonar devoradora  
El hijo pequeñuelo?

Tiende los brazos ¡ay! cual si supiera  
Su malhadada suerte;  
Y son frágiles cañas la barrera  
Que presenta á la muerte.

Es de la raza de Israel, sin duda,  
Que mi padre sentencia  
Á proscripción..... Pero ¿qué ley sañuda  
Proscribe á la inocencia?

¡Pobre niño! Su llanto me conduele;  
A su madre afligida  
Sucederá otra madre; salvaréle;  
Me deberá la vida.»

Ifisa hablaba así, joven princesa;  
Y dócil al consejo  
De la piedad, acometió la empresa;  
Y el juvenil cortejo

Á la virgen, que presta se adelanta,  
De confianza llena,  
Sigue, estampando con ligera planta  
La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,  
Revolando las blondas  
Madejas por el hombro alabastrino,  
La hija de las ondas.

El blanco pie con círculos de plata  
El espumoso río  
Le ciñe, y ya á las olas arrebató  
El pequeño navío.

Palpita con la carga, que suspende  
Alegre y orgullosa;  
Y en sus mejillas el color se enciende  
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita  
Y la presa reclama,  
El peso que la agobia deposita  
Sobre la verde grama.

Y del recién nacido alegremente  
Cercan todas la cuna,  
Y sonriendo, la asustada frente  
Le besan una á una.

Mas ¡oh tú que de lejos á tu hijo  
Por la playa desierta  
Seguiste desolada, el rostro fijo  
En su carrera incierta!

Llega: el hinchado seno da al infante:  
Tu llanto ni su risa  
Revelarán en ti la madre amante,  
Pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado  
Con lágrimas de duelo  
Y de gozo á la par, dulce cuidado  
De la tierra y del cielo,

El pequeño Moisés iba seguro:  
De Faraón cruel  
Hospeda el regio alcázar al futuro  
Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada  
Con las alas, el coro  
Que ve á sus pies la bóveda estrellada,  
Pulsaba liras de oro.

«Alégrate, Jacob; en el asilo  
De tu destierro» (el canto  
Así sonaba), «y no al impuro Nilo  
Se mezcle más tu llanto.

»El Jordán á sus campos te convida;  
Te oyó el Señor: Egipto  
Marchar verá á la tierra prometida  
Tu linaje proscripto.

»Ese niño que virgen inocente  
Salvó de olas y vientos,  
Es el profeta del Horeb ardiente,  
Rey de los elementos.

»Humillaos, mortales insensatos,  
Que al Eterno hacéis guerra:  
He ahí el legislador que sus mandatos  
Promulgará á la tierra.

»Cuna humilde, baldón de la fortuna,  
Juguete del profundo,  
Ha salvado á Israel: humilde cuna  
Ha de salvar al mundo.»

LA MODA.

Quise más de una vez en mala hora,  
Escribir una página, Isidora,  
Que detener tu vista mereciera.  
Desoyóme mi Musa. Toda entera  
Me pasé (te lo juro) esta mañana,  
Hilando coplas con tenaz porfía.  
—Musa, son para el album, le decía,  
De una joven beldad.— ¡Plegaria vana!  
No me salió una sola ni mediana.  
—Para este bello altar que se atavía  
Con tanta flor de amena poesía,  
Entretejer una guirnalda quiero,  
Digna de la deidad que en él venero.  
Es (tú lo sabes) cosa  
De obligación forzosa.  
Si agradable te fué mi culto un día  
Te ruego, te conjuro, te requiero,  
Amada Musa mía,  
Que lo muestres ahora; y si ya cesas  
De mirarme propicia, este postrero  
Favor te pido sólo.— ¡Ni por esas!

Despechado, el papel hice pavesas;  
Al tintero, la pluma consignaba;  
Y ofrecerle pensaba,  
Por único tributo, humilde excusa,  
La culpa echando á la inocente Musa,  
Como es costumbre en semejantes casos;  
Cuando acercarse miro á lentos pasos  
Una, no sé si diga ninfa, diosa,  
Aparición, fantasma: caprichosa  
Forma que cada instante  
De color, de semblante,  
Y de tocados, y de ropas muda:  
Ora triste, ora alegre, ora sañuda;

Ya pálida, ya rubia, ya morena.  
Tan presto por el cuello y las espaldas  
Derrama en ondas de oro la melena;  
Tan presto en trenzas de ébano cogida,  
Adórnala de joyas y guirnaldas;  
Y tan presto, ¡qué horror! encanecida  
La lleva; ó sin piedad la troncha y tala,  
Y de prestados rizos hace gala.  
Ora el ropaje en anchuroso vuelo  
Desplega; y va arrastrando luenga falda  
Verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,  
De gasa, de tisú, de terciopelo.  
Señala luego en mórbido relieve  
Su figura gentil basquiña leve.  
Sus ojos aprisiona en blanco velo,  
Pudibunda beata,  
Que hace de más valor lo que recata.  
Y un momento después, traviesa niña,  
Ríe, retoza, guiña;  
No sabe tener quieta  
Su pupila de fuego;  
Busca y rehuye luego:  
Cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspense, absorto estaba yo pensando  
Si era ilusión aquello; y lo estuviera,  
Sabe Dios hasta cuándo,  
Si ella misma por fin no me dijera:  
—Nadie puede sacarte del empeño  
En que te ves, sino mi numen solo.  
El arte de agradar yo sola enseño.  
Ríete de las Musas y de Apolo.  
Si aplaudido un poeta en boga está,  
Y ante los ojos de las damas brilla,  
Y con el loro, el gato y la perrilla,  
Divide los honores del sofá,  
Débelo todo á mí, que, cuando tomo  
Esta mágica vara, lo más pobre  
Hago rico; y transmutó el oro en cobre.

Sea su entendimiento agudo ó romo,  
Tosco ó pulido, vista larga ó corta,  
Ingenio estéril ó feraz, no importa;  
Todo aquel que se viste mi librea,  
Altivo, ufano, espléndido campea.  
Y á más de cuatro orates  
Coronas dí tempranas,  
Que, á despecho de críticos embates,  
Durarán (no lo afirmo) tres semanas.  
Por no cansarte más, yo soy la Moda.  
Oye; y aprenderás mi ciencia toda.  
En tres ó cuatro prácticas lecciones,  
Voy á especificar mis opiniones;  
Y podrás expedirte en el presente  
Caso, y en los demás, gallardamente.

¿Una leyenda ó cuento  
Es á lo que dedicas el intento?  
Manos á la labor: ó da principio  
Con gran proemio de elegante ripio:  
Ó si te place, empieza  
Con esa *nonchalance* de buen tono,  
Con ese aire de lánguido abandono  
De quien al despertar se despereza,  
Como si del lector no hicieses caso,  
Ni de la historia: y cuando paso á paso,  
Por entre mil rodeos,  
Ambajes y floreos,  
Llegue al fin el momento de contarla;  
Y ya el lector dé al diablo tanta charla;  
Allá como á la octava ciento y cuatro,  
Mudarás de teatro,  
Y en una digresión..... (importa un pucho)  
Que no tenga que ver poco ni mucho,  
Con el sujeto, porque, amigo, hoy día,  
¿Qué es para un escritor de fantasía,  
En resumidas cuentas el sujeto?  
Es una percha cómoda, de donde  
Cuanto en su seno tu cartera esconde,



Estudio, ensayo, informe mamotreto,  
Puedes colgar sin el menor empacho.  
Uno de mis pupilos,  
Excelente muchacho,  
Ha escrito en diversísimos estilos  
Composiciones vastas, panteísticas,  
Escépticas, católicas y místicas,  
Patrióticas, y báquicas, y eróticas,  
Miríficas y exóticas;  
Y se propone hacer una leyenda  
En que bonitamente las ensarte  
Todas sin que aparezca en nada el arte  
(Que es lo que más á un genio recomienda),  
Dando en ella á lectores eruditos,  
Que tengan razonables apetitos,  
Una merienda monstruo, una merienda  
Con variedad de platos estupenda.  
Pues, como digo, en una  
Digresión..... (cuanto menos oportuna  
Mejor); produces de esa  
Suerte mayor sorpresa,  
Que es en el arte un mérito sublime,  
A que debe aspirar todo el que rime.  
Era una transición, obra de suma  
Dificultad para la inhábil pluma  
De aquellos escritores desdichados  
De los tiempos pasados.  
Era, como ponerlos en un potro,  
El tener que pasar de un tema á otro  
De modo que el lector inteligente,  
Con movimiento más süave y blando,  
Se hallará, sin saber cómo ni cuándo  
Arrebatado á un mundo diferente.  
En esto, como en todo,  
Los modernos han dado  
Un paso agigantado.  
Hácese de este modo:  
¿Hay que pasar de un baile, por ejemplo,  
Á una batalla, de un mesón á un templo,

De una choza á un palacio soberano?  
Se pone en medio un número romano,  
Por tan sencillo arbitrio como ese  
Al discreto lector, mal que le pese,  
En menos de un segundo,  
Se le dispara á donde tú le mandes,  
Desde los Pirineos á los Andes,  
Desde la tierra al Tártaro profundo,  
Ó al bañado de luz coro seráfico,  
Con más velocidad que va un aviso  
Por el alambre electro-telegráfico;  
Y sin que de antemano, ó al proviso  
Se tema la fatiga  
De preparar la cosa;  
Y gruñá cuanto quiera y lo maldiga  
El bueno de Martínez de la Rosa;  
Y hágalo con el clásico Areopago.  
Pero yo mismo sin pensar divago:  
De uno en otro paréntesis me pierdo.  
Lo que quise decir, si bien me acuerdo,  
Es que la línea recta, cuanto puedas,  
Evites: tortüosas las veredas  
Son que prefiere el consumado artista  
Para el placer del alma ó de la vista.  
Como sobre un terreno,  
De matorrales y malezas lleno,  
Un raudal serpentino  
Va abriéndose camino  
Lenta y difícilmente;  
Y aquí desaparece de repente  
Bajo el tupido monte;  
Y en lejano horizonte  
Vuelve á mostrar su clara ó turbia onda  
Para que, á poco trecho,  
Cuando algunos pantanos haya hecho,  
Bosque denso otra vez su curso esconda;  
No de modo distinto,  
Aunque el fino lector se desanime,  
El sujeto camine,